

párenle un concierto que arroba á los ángeles, y entonen con la Virgen á coros el celestial cántico *Magnificat* que esta cantó en los montes de Judea: conviden á la capilla real del cielo á acompañarlos; y apresúrense con santo anhelo á recibir al rey de la gloria, que es también el hijo de la Virgen. Con estas ingeniosas invenciones honraris al hijo y á la madre, los hareis agradables al uno y al otro y sabreis pronto por experiencia lo que vale para el alma el haberse granjeado su amistad.

§. III.—El tercer rasgo de devoción es rezar á menudo la salutación angélica.

§. I. Después del santo sacrificio de la misa en vano se buscará una devoción mas agradable á la Virgen que la salutación angélica, arenga compuesta por la beatísima Trinidad, pronunciada por uno de los ínclitos príncipes del cielo, dirigida á la mas pura criatura, destinada á anunciar y llevar al cabo la mas alta empresa, llena de misterios en todas y cada una de sus palabras. A medida que uno reza esta oración, dice un devoto escritor (1), el cielo se regocija, la tierra se pasma, es ahuyentado Satanás, tiembla el infierno, el mundo disgusta, el corazón se penetra del divino amor, crece la devoción, se aumenta la esperanza y el consuelo, el espíritu se recrea y se afirma en la justicia. «Cuántas veces se repite, dice santa Brígida en el libro cuarto de sus Revelaciones, el arcángel Gabriel recibe un nuevo rayo de luz celestial. Es cosa cierta que no sube esta oración al cielo sin hacer bajar alguna nueva merced ya para el cuerpo, ya para el alma.» Los libros estan llenos (2) de

(1) Alanus à Rupe, Psalter. cap. 26, etc.: Thom. Cantiprat., B. Virg., c. 17.

(2) Cæsar., lib. 7. exempl.

los prodigios obrados por esta sucinta, pero eficaz oración, y así solamente referiré algunos casos. Estando enferma en la cama santa Gertrudis y muy afligida por no poder orar segun su costumbre, con solo decir algunas palabras de la salutación angélica mas de corazón que de boca mereció ver á la madre de Dios vestida de una túnica preciosa con muchas flores bordadas de oro, que significaban el contento que recibia de esta salutación. Un monje converso del Cister era tan tardo de entendimiento, que nunca pudo aprender otra oración que estas cuatro palabras: *Ave, Maria, gratia plena*; pero era tan aficionado á repetir las cuantas veces podia, que despues de su muerte salió de su sepultura un árbol desconocido, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro las mismas palabras. Vieron el árbol innumerables personas, y habiendo llegado á oídos del obispo la noticia del suceso, fué á presenciar el milagro, mandó cavar al rededor y se halló que el árbol salia de la boca del monje difunto: inmediatamente se secó aquel á vista de todos. S. Elzeario, conde de Arian, se valia de la salutación angélica como de una llave de oro para entrar en la oración sin dificultad y alcanzar cuanto deseaba. Santa Catalina de Suecia hacia maravillas con esta oración: restituia la salud á los enfermos, reducia al camino recto los extraviados, confortaba á los débiles, alentaba á los fervorosos: en fin juzgaba que con esas pocas palabras no habia nada imposible para ella. En esto descubrió principalmente que habia mamado la leche de santa Brígida su madre, como se lo repitió diferentes veces el papa Urbano VI, cuando aquella hacia las diligencias para la canonización de esta última. Infinitas personas armadas de las palabras de la salutación angélica como de las cinco piedras de David derribaron en tierra al soberbio enemigo de su salvación, rechazaron sus sugerencias y vencieron sus importunos asaltos. ¡Y cuántas gracias

han conseguido por este medio los devotos siervos de María!

II. Sépase que el cielo ha atestiguado muchas veces con milagros cuánto se complacia el Señor en oír esta dulce oración, según se descubre claramente por lo que aconteció al P. Ignacio Martínez, de la compañía de Jesús, quien dejó el honroso cargo de predicador del rey D. Sebastian de Portugal para dedicarse enteramente al ejercicio de la doctrina cristiana. Enseñándola un día en Coimbra y preguntando si había alguno que quisiese decir en alta voz la salutación angélica, no se presentó nadie: entonces un niño de seis meses que estaba mamando, se incorporó en los brazos de su madre y la dijo distintamente sin faltar una sílaba, ni titubear en lo más mínimo. Pasmáronse todos los presentes, y muchos se curaron de la mal entendida vergüenza que los impedía de hablar en público.

III. Ya dije más atrás con otro motivo que santa Catalina de Sena, siendo niña, tenía siempre en la boca esta oración: que S. Alberto, monje del monasterio de S. Crispin, la rezaba ciento y cincuenta veces cada día, santa Margarita de Hungría mil veces en cada un día de los ocho anteriores á las festividades principales de la Virgen, el B. Romeo, de la orden de santo Domingo, otras tantas todos los días del año; Renaldo Aggel, religioso de la misma orden, otras tantas arrodillándose cada vez: la beata Bienvenida, monja dominica, observaba la misma costumbre cuando no tenía aun más que siete años. Los sábados la rezaba dos mil veces, y el día de la Anunciación tres mil por la mucha devoción que tenía á este misterio. A este propósito se cuenta de ella una cosa muy graciosa, y es que vió en la iglesia á un niño más hermoso que lo ordinario, el cual se acercó á ella como suelen hacer los niños pequeñitos: Bienvenida entonces le preguntó si sabía el Ave María, y el niño

respondió que sí y le hizo á ella la misma pregunta rogándola que la rezara. Hizolo Bienvenida gustosísima y al llegar á las palabras: *Benedictus fructus ventris tui*; le dijo el niño: Yo soy el fruto bendito de ese sagrado vientre; y desapareció. Santa María de Oignies rezaba el Ave María hasta mil y cien veces, y así otros muchos siervos y siervas de Dios que sería molesto citar. Esto es lo que movió á los sumos pontífices sucesores de S. Pedro á abrir liberalmente los tesoros de la iglesia en favor de los que practicaren esta devoción. El papa Urbano IV concedió treinta días de indulgencia á cuantos rezaren devotamente el Ave María y pronunciaren el nombre de Jesús: Juan XXII duplicó poco después el número de las indulgencias; y en nuestro tiempo apenas hemos visto concedida ninguna indulgencia á instancias de particulares en que no se otorgue alguna gracia apostólica á esa oración.

IV. En cuanto á los sentimientos que podemos tener mientras la rezamos, quiero que mis lectores lo aprendan del cielo mismo de donde fue traída. Estando santa Matilde elevada en extática contemplación un sábado mientras se decía la misa de la Virgen, se vió como impelida á hablar á nuestra señora de esta suerte: Oh madre incomparable, el mayor contento que podría yo tener, sería de saludarte con la salutación más agradable que el corazón humano ha inventado jamás. En el instante mismo vió á la Virgen santísima, que llevaba sobre el pecho la salutación angélica escrita con letras de oro, y oyó estas palabras de boca de ella: Hija mía, es desatino que la criatura presume subir más arriba que su criador y se imagine que puede hallar una salutación igual á la que me envió el cielo. ¿Qué cosa más dulce puede haber que las palabras de salud con que el Padre eterno me confortó y me manifestó que había alejado enteramente de mí la maldición del pecado? ¿Qué cosa

mas agradable que el nombre de María, el cual me fué traído de parte del Hijo que había de encarnar en mis entrañas, y por el que supe que yo estaba destinada como un astro de primera magnitud á alumbrar al cielo y á la tierra? ¿Qué cosa mas afectuosa que la embajada del Espíritu Santo mi esposo, que llamándome llena de gracia obró en mí en el mismo instante lo que decia por medio de su celestial parainfo? Cuando me dicen que el Señor es conmigo, me recuerdan la unión admirable del Verbo eterno con mi carne y el gozo que recibí cuando se efectuó en mis entrañas ese misterio incomprendible. Cuando oigo que soy bendita entre las mujeres, me acuerdo de que la misericordia de Dios me ensalzó sobre todas las criaturas. Cuando se añade que es bendito el fruto de mi vientre, el cielo se regocija conmigo por que mi hijo vivificó y bendijo para siempre todo lo criado. Habiendo intentado santa Matilde acabar lo restante y suplicado á la Virgen se dignase de asistirle entonces y á la hora de su muerte, respondió nuestra señora: Yo lo haré seguramente; pero quiero que para este fin mereces todos los dias tres Ave Marias. A la primera pedirás que así como el Padre eterno con la magnificencia de su infinito poder me encumbró tanto en el cielo, que quiso que despues de él no hubiese otro poder igual al mio, del mismo modo te asista yo y te conforte en aquella hora peligrosa ahuyentando á todas las potestades enemigas. A la segunda pedirás que así como mi hijo segun su infinita sabiduria infundió en mi alma tanto conocimiento y ciencia divina, que nadie penetra como yo los incomprendibles arcanos de la santísima Trinidad, así en aquella hora aumente yo en tí la luz de la fé, para que no sea oscurecida por ninguna nube de ignorancia ó de error. A la tercera pedirás que así como el Espíritu Santo derramó en mi alma la dulcedumbre de su divino amor, de suerte que hizo mi corazon el mas tierno y

compasivo que hubo jamás, así yo derrame en tu alma tal dulcedumbre de caridad, que prevalezca sobre todos los temores que pudieras tener de la muerte. ¿Qué práctica mas grata pudiera inventarse para mantener la devoción mientras se reza esta oración?

V. La misma Virgen enseñó otra á santa Gertrudis, como se ve en el libro de sus Revelaciones, diciéndole que cuando pronunciara las palabras *Dios te salve, María*, pidiese el alivio de los que padecen en el cuerpo y en el alma: que al decir las palabras *llena eres de gracia*, pidiese por los que no tienen el gusto debido de la gracia divina, para que les ablande el corazon: que á las palabras *el Señor es contigo*, la suplicase como á madre de misericordia que alcance el perdon á los pecadores: que cuando dijera: *Bendito es el fruto de tu vientre*, la rogase por el aprovechamiento espiritual de los predestinados; y al pronunciar el sagrado nombre de Jesus le pidiese el cabal conocimiento y el amor cordial de su amado hijo añadiendo estas palabras: *Jesus, splendor paternæ claritatis et figura substantiæ ejus*, que quieren decir: Jesus, esplendor de la claridad del Padre y figura de su sustancia.

*De la costumbre de tocar al Ave Maria por la mañana, al mediodia y al anochecer.*

VI. Diré algo acerca de la piadosa costumbre de saludar á nuestra señora tres veces al dia cuando se hace la señal con la campana por la mañana, á mediodia y al anochecer. No convienen todos en cuanto al origen de ella; pero es cierto que se fué añadiendo algo poco á poco y al fin vino á parar á la forma en que ahora se observa en toda la iglesia. Algunos juzgan que el primero que mandó saludar á la Virgen al anochecer, fué el papa Juan XXII, el cual concedió veinte dias de in-

dulgencia á los que rezaran tres veces el Ave María al oír tocar la campana. El motivo de esta institucion fué un hecho ocurrido en Aviñon por los años de 1320: habiendo sido condenados á la hoguera dos reos, empezó el uno á implorar el auxilio de la Virgen santísima con tanta devocion, que no pudo llegar el fuego mas que á las cuerdas con que estaba atado: el otro quedó reducido á cenizas. Conmóvidos los circunstantes y reconociendo la proteccion especial de la madre de Dios impetraron el perdon de aquel infeliz y le llevaron á la iglesia catedral de nuestra señora para dar gracias á su misericordiosa libertadora. Otros atribuyen á Teodorico, arzobispo de Colonia, la invencion de saludar á la Virgen por la mañana, aunque el autor de la vida de S. Buenaventura le da la gloria de haber practicado el primero esta devocion por la mañana y por la tarde. Todo bien considerado me parece ser mas probable, segun escriben otros, que esta santa costumbre principió en el concilio de Clermont por decreto del papa Urbano II, que le presidió en persona, y mandó que por la mañana y por la tarde se tocara la campana para convidar al pueblo cristiano á saludar á la reina del cielo, bajo de cuyo amparo se habia publicado la cruzada de la tierra santa, á fin de que se dignara de tomar bajo su proteccion á los que arriesgasen su vida por la propagacion de la fé. Escriben varios historiadores que el rey Luis XI de Francia añadió por consejo de los prelados de su reino la oracion que se hace á mediodia, y que poco á poco imitando los paises confinantes el ejemplo de Francia, toda la iglesia en general abrazó la costumbre y la puso en práctica en la forma que ahora tiene. Cualquiera que haya sido su autor y la causa de su institucion, ya sea para recordarnos los tres misterios mas grandes de nuestra fé, la encarnacion, la muerte y pasion y la resurreccion de Jesucristo, y dar gracias á Dios y á la Virgen

por los inefables beneficios recibidos en el cumplimiento de ellos, ya para hacer en tres diversas épocas del dia una protesta pública de la necesidad que tenemos de la asistencia del cielo desde la mañana hasta la noche, ya haya querido la iglesia manifestarnos que necesitamos guardarnos de nuestros enemigos invisibles, siempre en acecho de la ocasion de sorprendernos, y enseñarnos á levantar los ojos al cielo é implorar el auxilio de lo alto; lo cierto es que la costumbre es muy piadosa, y mientras se conserve en la iglesia, servirá como de prenda de las gracias y beneficios que debe de esperar por la mediacion de María santísima. El papa Paulo V concedió mil dias de indulgencia á los que saluden á la Virgen cuando toca la campana segun la costumbre de la iglesia.

§. IV.—El cuarto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el oficio de la Virgen.

I. El oficio de nuestra señora, que contiene sus mas excelentes elogios tomados de la sagrada escritura para honrarla, fué compuesto ó á lo menos ordenado por S. Pedro Damiano en tiempo de Gregorio VII. Despues como en el concilio de Clermont se discurriesen todos los medios de obligar á la madre de Dios á socorrer á la iglesia atribulada y particularmente á recibir bajo de su proteccion á los cruzados de la tierra santa, adquirió muchísimo crédito, y en el año 1094 ordenó Urbano II que todos los que estaban obligados al rezo del oficio canónico, añadiesen el de nuestra señora, aunque luego S. Pio V en 1571 lo limitó solamente á los que asisten al coro y eso en los dias nombrados en el breviario. Mas no ha dejado de exhortar al pueblo cristiano con palabras eficaces á que le rece privadamente con frecuencia, abrien-

do liberalmente para este efecto los tesoros de la iglesia, como puede verse en la bula que se pone al principio de las horas de nuestra señora.

II. Pocos religiosos y religiosas de coro hay que no se hayan impuesto la obligacion de rezarle todos los dias para granjearse el favor de la reina del cielo. Los primeros que empezaron á practicar esta devocion, fueron los monjes de S. Benito y especialmente los del monasterio de Gamuge; pero habiéndola dejado al cabo de tres años por pereza, fueron afligidos de tantas enfermedades, males y miserias, que llegaron á aborrecer la vida. S. Pedro Damiano se aprovechó de esta ocasion para motejarles su negligencia y decirles no era extraño que hubiesen entrado en su monasterio todas las desgracias despues que ellos habian echado de allí á la madre de piedad y misericordia. Con esto abrieron los ojos, pidieron humildemente perdon de su culpa y prometieron seguir rezando el oficio de la Virgen, que no dejaron jamás. No tardaron en experimentar los efectos de la bondad de nuestra señora, porque inmediatamente quedaron libres de todos los males y miserias y recobraron su contento y alegría antigua. En el tratado primero, capítulo XII, declaré el motivo por el cual los monjes cartujos se obligaron desde el origen de su institucion á rezar el oficio de nuestra señora; lo que han continuado despues con la mayor religiosidad y con tanto fruto, que seria imposible contar los beneficios recibidos por ellos del cielo. Otro tanto habria que decir de todos los demas religiosos en particular, si no bastase haber hablado ya de ellos en general.

III. Tambien seria prolijo formar una lista de todos los que han observado fielmente esta piadosa costumbre. Mas arriba hablé de S. Luis, que por todas las ocupaciones de su reino no hubiera dejado nunca de rezar el oficio de la Virgen. S. Carlos, le decia de rodillas.

S. Vicente Ferrer practicó constantemente esta devocion desde su mocedad hasta la muerte: lo mismo hizo el B. Santiago, tambien religioso dominico. De santa Isabel, reina de Portugal, de santa Brigida y de su hija santa Catalina, de S. Estanislao de Kostka y de otros innumerables leemos lo mismo. Santa Francisca, viuda romana, lo practicaba asi igualmente, y se lee en la bula de su canonizacion que rezándole un dia en un paraje descubierto mientras llovia á chaparron, no le cayó encima ni una gota de agua. Con el libro de las horas que usaba, se obraron despues muchos milagros. El hermano Alfonso Rodriguez, coadjutor de la compañía de Jesus, rezaba todos los dias el oficio parvo de la Concepcion que la misma Virgen le habia enseñado, y sacaba grande provecho, como sucede hoy á infinitas personas que imitan su ejemplo. Vendrá Dios mediante el anhelado dia en que nos congratulemos con ellos de las innumerables mercedes que la madre de misericordia les alcanzó por las alabanzas recibidas.

S. V.—El quinto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el rosario.

I. El rosario es como una corona de rosas tejida para ceñir las sagradas sienes de la madre de Dios, y este modo de hablar no es nuevo, porque S. Gregorio Nazianceno ofrecia ya á la Virgen una corona de alabanzas tejida de las flores que habia cogido en el jardin del cielo. Tambien se llama comunmente el salterio de la Virgen, porque se compone de ciento y cincuenta Ave Marias como el salterio de ciento y cincuenta salmos, aunque para mayor comodidad de los fieles se divide en quince dieces, segun el número de los salterios gozosos, dolorosos y gloriosos; y para facilitar aun mas su uso se reduce á tres partes, y general-